

## Capítulo 1

Jette está sentada ante su escritorio elaborando una lista actualizada de todos sus amigos y amigas. Algunas fueron sus amigas, pero ya no figuran en la lista. Y sobre uno de sus amigos todavía no se decide. Se trata de Milan. Hace poco que lo conoce, pues recientemente vive en la casa de al lado. A Max, el amigo más antiguo de Jette, desearía olvidarlo, tarea que le resulta imposible, porque todos los días se lo encuentra en la calle o en el edificio o en cualquier otro lugar. A Jette le gusta Milan y eso no le gusta a Max. Está claro. Max tiene celos. Y esto a su vez echa a perder la lista de Jette. Hasta arriba colocó a Susi, en segundo lugar a Anette, después a Korinna y a Greta, la menor de las Petermann. El primero después de las chicas es Max. Es su amigo más antiguo. Carola, la madre de Jette, suele decir:

—Ustedes dos ya coqueteaban de niños, cuando iban en carriola.

Jette no lo recuerda y, de cualquier manera, coquetear le parece una tontería. El caso de Milan es diferente. Con

él nunca haría las bobadas que hace con Max. Milan le gusta en secreto. “No puedo rebajar a Max”, se dice a sí misma mirando por la ventana hacia la casa vecina, donde vive Milan, ese chico que le pone las cosas tan difíciles, aunque él no lo sepa. Jette rompe la lista. Mientras no logre decidirse saldrá mal, así que se va a la basura.

Su madre llama a la puerta y, un instante después, entra en la habitación. No es fácil ocultarle secretos a ella. Desde que sus padres se divorciaron y papá se fue, se ha vuelto más impaciente y brusca, si acaso es posible. Desde entonces tampoco quiere que le diga mamá, sino Carola. A Jette eso aún le cuesta trabajo, aunque comprende que Carola ya no desea únicamente ser su madre sino también su amiga. “En cualquier caso —piensa Jette— ahora es más amiga que madre”.

Su mamá no se está quieta ni un momento. Recorre el cuarto en todas direcciones, cambia las muñecas de lugar, desordena los animales de peluche y endereza un cuadro hasta dejarlo más inclinado de lo que estaba.

—¿Y a ti no te harta la casa también?

Jette mira primero a su madre y luego al techo.

—Un poquito.

Carola sacude la cabeza con fuerza y sus cabellos rojizos brillan a la luz.

—La casa o te harta o no te harta.

—En mi caso, no —replica Jette.

Su madre no termina de entenderlo.

—Me encantaría tener tu calma.

A Jette le gustan esos intercambios de palabras rápidos, divertidos, que sólo puede entablar con Carola.

—¿Tienes ganas de salir a dar una vuelta? ¿En coche?

Entretanto, Jette tiró en el cesto de la basura los trozos de papel sin que su madre se diera cuenta.

—¿Adónde quieres ir? —pregunta.

—¿Sabes qué? Iremos al campo, nos iremos al lago Müggel, a la casita de las Petermann.

Es como si hubiera pronunciado una palabra mágica, maravillosa, veraniega.

—¿Sabes dónde está mi traje de baño azul? Sí, el nuevo, el que me regalaste el año pasado para ir a la piscina...

—Donde tú lo dejaste.

—Pero, Carola, eres tú la que lo lava siempre después de usarlo...

Su madre lo encuentra, en alguna parte. Igual que Jette encuentra el sombrero de paja de su madre, también en alguna parte.

—Nosotras dos nos las arreglamos de maravilla en nuestro caos —murmura Carola, asintiendo con un gesto a sus propias palabras.

Cuando bajan en el ascensor, Jette pregunta:

—¿Seguirán escondiendo las Petermann la llave en la segunda maceta de la izquierda de la ventana del baño?

—Tienes memoria de elefante. A mí se me había olvidado por completo. Pasó casi un año desde que estuvimos allí solas, sin las Petermann.

La casita de las Petermann se acurruca entre arbustos en una isla a la que sólo se puede llegar en barca. Desde que el Berlín Oriental y el Berlín Occidental se reunificaron ellas pueden ir al lago Müggel y a la isla sin esfuerzo. Los Petermann, que son mujeres excepto uno, que además vive en Rostock, son parientes lejanos de Carola.

—Tu abuela sabía exactamente por cuál rama estamos emparentados. Pero en fin, tampoco es tan importante. Lo esencial es que nos llevamos bien.

Así ve Carola el asunto.

Las Petermann son tres mujeres llamadas Hilda, Cordula y Greta. Greta, la hija de Hilda, es dos años mayor que Jette. Hilda y Cordula son hermanas. Ese hecho siempre asombra a Jette, porque no se parecen en nada y a menudo se pelean horriblemente, pero viven en el mismo barrio y están unidas como uña y carne. A Jette esas mujeres le parecen geniales, sobre todo cuando se despellejan entre sí hasta hacerse trizas. A veces lloran todas a la vez. Las peleas suelen terminar casi siempre con una fiesta de reconciliación en la que se bebe cerveza.

Encuentran la barca en el lugar acostumbrado, en el embarcadero cada vez más destartado. No se la han robado ni la han hundido. Tampoco en la isla se pueden

apreciar cambios. Nadie se ha alojado en la casita sin permiso. Sin embargo, la llave no está donde debía. Desapareció.

Se quitan la ropa y se ponen los trajes de baño, que se quedan en “trajes de sol”, porque sólo meten la punta de los pies en el agua, todavía fría como el hielo.

Carola se estremece.

—Estamos en junio y debería estar un par de grados más caliente.

—¿Cómo sabes?

—A veces haces unas preguntas muy impertinentes, Jette.

—¿Qué quiere decir “impertinentes”?

Están acostadas en la hierba. Su madre se incorpora.

—Descaradas.

Jette levanta la vista hacia el sol parpadeando, agarra a su madre del brazo y la jala hacia abajo.

—No soy descarada.

—Lo eres.

Carola resopla para apartar el pelo de su cara.

De repente Jette se siente invadida por una tristeza que ya llevaba un rato rondando y que había intentado olvidar. La última vez que pasaron un día en la isla, el verano pasado, papá todavía estaba con ellas. Ahora nota su ausencia. El banco donde estuvo sentado, leyendo, le parece más vacío aún. Cuánto le gustaría hablar ahora de

papá con su madre. Incluso para insultarlo, si no hubiera alternativa. Sin embargo, Jette sabe que mamá aún no está preparada. No quiere ni oír hablar de él.

—Vamos, todavía podemos remar un rato.

Jette recoge las cosas y las coloca en la barca; observa cómo Carola se viste con fingida lentitud y refunfuña:

—De repente ya no tienes ganas de nada.

Reman entre los islotes. A Jette le parece que el lago reacciona a su nuevo estado de ánimo. El agua chapotea, espesa y pesada, contra los remos.

—¿Qué vamos a hacer luego, cuando lleguemos a casa? —pregunta Jette, sin mirar a su madre, mientras regresan en el metro.

—Acostarnos temprano —responde ella, también sin dirigirle la mirada.

—Nooo.

—Mañana tienes que ir a la escuela, como siempre, Jette... —deja la frase suspendida en el aire, como si no tuviera final.

Jette la termina para sus adentros: "... aunque tu padre no esté aquí".

—¿Y si vamos al cine?

—¿Así, nada más?

—Así, nada más —replica Jette, asintiendo.

—Tampoco serviría de nada —murmura su madre.

Cenan juntas, ven media hora la televisión, y el cansancio pronto las vence.

Carola levanta a su hija del sofá y, abrazada, la lleva al baño. Están juntas delante del espejo. Jette ve su cabeza cortada por el borde inferior del cristal.

Carola se agacha y frota su mejilla contra la de su hija.

—Qué guapa eres.

Carola le sonríe por el espejo.

—No es verdad.

—¡Mírate! —exige la imagen de su madre desde el espejo.

Jette se mira como hace a veces, cuando quiere gustarse de manera especial. “Tal vez Carola tenga razón”, se dice. Ve una niña que la mira con unos enormes ojos color café verdoso situados debajo de una frente amplia y redonda. Tiene las mejillas coloradas, la boca un tanto grande y un mentón descarado, partido por un hoyuelo. El cabello castaño está peinado hacia atrás y se reúne sobre la cabeza en un chongo inmovilizado con fijador.

—¿Y? —pregunta Carola.

—Bueno, estoy pasable —responde Jette, mirando a su madre—. Tú eres muchísimo más guapa —reconoce.

Cuando Carola está triste se ve especialmente hermosa. Su piel, siempre pálida, parece iluminarse desde dentro. Y también sus ojos con destellos verdes, que le heredó a su hija. Lo que más le gusta a Jette es la boca de su madre. Sus labios son un poco abultados. Cuando Carola se maquilla, su hermoso rostro es un marco para la boca que habla o se mantiene en silencio.

—¡Basta!

Carola aparta su rostro del espejo y el de Jette se queda colgando solitario en el borde inferior izquierdo. Permanece así un instante, con ese raro aspecto suyo. Luego la niña corre a su habitación y se acuesta.

Carola la sigue. Se sienta en la orilla de la cama y pasa la mano por la manta, como si no estuviera suficientemente lisa y estirada.

—Mamá, me haces cosquillas.

—¿Mamá? Eso es una recaída, Jette.

La niña voltea hacia ella.

—Tengo sueño.

—No importa. Es broma.

Jette abraza a su madre. Luego se deja caer de nuevo sobre la almohada, cierra los ojos y le ruega que apague la luz.

—Buenas noches, Jette, que duermas bien.

—Buenas noches.

—¿Quieres que te despierte?

—Puse mi despertador.

Se acuesta de lado, como acostumbra cuando se va a dormir, encoge las piernas y, de repente, se acuerda de ellas dos juntas mirándose al espejo cuando cumplió once años. “Ahora tienes once años, y yo treinta y once”, le dijo Carola.

Pero en aquel entonces ella todavía era “mamá”.

## Capítulo II

Por la mañana, Jette sale de casa a la misma hora que su madre. Sólo tres estaciones de metro la separan de la escuela. En realidad, eran ellas dos las que debían haberse mudado mientras papá se quedaba en la casa, pero Jette se impuso suplicando, implorando, llorando. Ella prefería quedarse allí; no tenía ganas de mudarse a otro lugar donde no conocía a nadie. Carola no se oponía al traslado. Ella nunca había logrado acostumbrarse al traqueteo del metro. Jette ya ni lo nota. Su calle bordea el ferrocarril elevado que conduce a la estación de Bellevue. Debajo del ferrocarril instalaron algunos pequeños comercios y dos bares. Jette puede enumerarlos a cualquier hora del día y de la noche, sin siquiera pensarlo: Muebles Kuno, Lámparas Müller, la taberna de Jule, Librería Topf, Cigarrillos Mehmet, Tintorería Maschke y el bar de los croatas. Éste queda al final: está situado en la esquina, justo al lado del paso subterráneo. Allí se despide de Carola en las mañanas, que sigue a pie hasta la estación Hansaplatz del metro.

Papá siempre salía más tarde a trabajar. Primero visitaba la Bolsa por encargo de su banco para enterarse de lo que había pasado con el dinero invertido en acciones. Jette conocía todas esas palabras, pero no las entendía.

Papá se llamaba a sí mismo “el desayunador tranquilo”. Jette lo envidiaba por eso, porque a ella tampoco le gusta que la molesten mientras desayuna. Le parece maravilloso comprobar cómo por la mañana la cabeza va llenándose poco a poco de ideas.

Esa mañana, temprano, hojea el periódico en compañía de su madre. “Invitación a un viaje en globo”, se lee, y debajo, en colores algo desvaídos, aparece reproducido un globo enorme del que cuelga una cesta que alberga a un hombre y a una mujer mirando hacia el horizonte. Jette se imagina que un hombre con sombrero de copa, parecido a uno de esos magos del circo, le sale al paso de repente delante de la estación de Bellevue y la detiene. Es evidente que está esperándola.

—Toma, un pasaje para viajar en globo —dice—. Mañana, en el aeropuerto de Tempelhof.

En ese momento Carola la devuelve a la realidad, y todo se echa a perder.

—Estás masticando y no tienes nada en la boca. Otra vez estás pensando en las musarañas, Jette. Vamos, aterriza. Come y bebe.

Salen de casa. Jette se echa la mochila a la espalda y se adelanta un poco hasta el ascensor, porque Carola se queda cerrando la puerta.

Viven en el décimo piso. Su amiga Susi, en el tercero, y Max, en el séptimo. A menudo se encuentran en el ascensor, y si no, en la estación del metro.

A Carola el barullo matutino le afecta los nervios. No le cabe en la cabeza que Jette y Susi necesiten liberar en el acto y de golpe todo lo que se les ocurre. Max va algo más rezagado, pero en cambio es mucho más ruidoso.

Por la mañana, a Jette el metro le parece un asco. Los vagones van repletos, y los mayores empujan, aprietan o resoplan a su alrededor. Al parecer, sólo hay gente malhumorada.

—¡Ven!

Jette jala a Susi. Se mueven entre la multitud, y tras chocar contra barrigas y traseros, encuentran al fin un lugar junto a la puerta donde se sienten un poco más protegidas.

—¿Cómo te sientes, Jette? —pregunta Susi, mientras le abolla la mochila con el dedo índice estirado.

—¿De qué?

—De que tu padre ya no viva con ustedes.

¿Por qué Susi habrá sacado a relucir el tema precisamente ese día?

—Excelente —responde Jette entre dientes con esfuerzo—. Igual que con Carola.

—¿Con Carola? ¿Y ésa quién es?

—Mi madre.

—¿Desde cuándo la llamas Carola?

—¿Y a ti qué te importa?

Max, que logró abrirse paso a empujones hasta ellas, alcanza a escuchar.

—Ya deja en paz a Jette, pesada.

Jette gira la cabeza hacia la ventana. Tras los difusos reflejos pasan a toda velocidad muros de casas, cables y edificios feos y ennegrecidos. Aún faltan dos estaciones. Se propone no prestar la menor atención a Susi. Pero ésta no permite que nadie se la quite de encima tan fácilmente e insiste en hablarle. Todo lo que dice se refiere a su padre. Él se preocupa por Susi y por su madre. Él no se ha ido. Y nunca lo hará.

En esos momentos a Jette le encantaría estar sorda. Pero no le queda más remedio que oír, y cada frase es como una picadura de avispa. Otros días, cuando salen del metro y Susi no dice tonterías, Jette aspira el maravilloso aroma de la mañana que se despliega por toda la estación. Es una mezcla exquisita: de la panadería salen oleadas de aroma a panecillos. El puesto de verduras exhala, como es natural, aroma a naranjas con un toque adicional de cebollas, y el puesto de kebab se hace publicidad con el olor a carne asada estilo turco.

—Y además, los domingos papá nos lleva al lago Wannsee —fanfarronea Susi.

Jette se detiene tan bruscamente que Susi choca con ella. Furiosa, aporrea a Jette. Entonces Max aleja a Susi de

un jalón, le dice a gritos que deje de soltar estupideces de una vez, y tratando de ser justo, le susurra a Jette:

—Y tú también.

Jette intenta defenderse.

—Pero si es ella la que no me deja en paz.

Sube pisando fuerte las escaleras de la escuela. Está tan furiosa que sería capaz de agujerear la piedra a puñetazos. Luego dice, asombrándose de sí misma:

—Pero tú no vas a volar el domingo en globo sobre Berlín como yo.

—¿Cómo? —Max se tropieza.

—¡Mientes! ¡Mientes! —grita Susi.

—¿Quién miente? —pregunta un profesor que pasa a su lado con mucha prisa.

—¡Ella! —exclama Susi señalando a Jette.

—Las dos están locas —grita Max a espaldas del profesor.

Jette y Susi trotan detrás de él rumbo a la clase, sin hacerle caso.

Cuando Jette sueña en clase parece especialmente participativa e interesada. Sin embargo, sus pensamientos vagan por los cerros de Úbeda. Ese día le sale muy bien. Hasta el recreo no le piden una sola vez que conteste u opine. En cambio, Anette, que se sienta a su lado, recibe todas las preguntas. Los rayos caen alrededor de Jette, pero no la tocan.

Hasta que Susi interviene, queriendo vengarse.

—Jette va a sobrevolar Berlín entero en un globo —la oye decir Jette, como si su voz viniera de muy lejos.

—Se dice viajar —corrige la profesora Warnecke—. En un globo se viaja, no se vuela —y un instante después aparece junto a la mesa de Jette—. ¿Es cierto eso? —pregunta.

Jette apenas se atreve a asentir. Lo que más le gustaría en ese momento es salir corriendo de la clase, pero después de haber abofeteado a Susi.

—¿De veras? —pregunta la profesora Warnecke.

Anette le da un empujón en un costado.

—Di algo, Jette.

—Sí, sí —replica.

La profesora Warnecke se dirige al frente del salón.

—¿Vienes a hablar conmigo después de clase, Jette?

Jette logra al fin levantar la cabeza. Se siente tan abochornada que el cuello se le ha puesto rígido.

—Sí —musita, y se gira para mirar a Susi.

De repente, ésta parece sentirse avergonzada. Al verla bajar la cabeza y levantar los hombros, Jette piensa: “Tal vez pueda seguir siendo mi amiga”.

Al terminar la clase, camina muy lento entre las mesas hacia el frente del salón, donde se encuentra la profesora Warnecke, a quien quiere más que a ninguna otra profesora. Además de dar unas clases fantásticas, es guapa.

La profesora Warnecke espera pacientemente, con los libros de texto bajo el brazo.

—¿Tienes un momento? Podríamos ir juntas hasta el metro, ¿no te parece? Sólo tengo que recoger mi bolso del salón de profesores.

Mientras espera junto a la puerta, Jette se quiebra la cabeza buscando el modo de explicarle el asunto del globo a la profesora Warnecke. Ésta sale de la habitación balanceando el bolso.

—Me muero de ganas de oír lo que me vas a contar —murmura.

El entusiasmo de la profesora provoca el efecto contrario en Jette. Siente que le falta el aire, como a un globo que se dispone a aterrizar.

—Bueno, tampoco es para tanto —dice.

—¿Pero es cierto que vas a viajar en globo?

Jette quisiera convertirse en un árbol de los que bordean la calle. La profesora Warnecke se detiene y agarra a Jette de un brazo con suavidad.

—¿Y bien?

Jette huele su perfume.

—¡Jette!

—Sí.

—Vamos, di algo.

—No.

—¿No qué?

—Lo del globo.

—No te entiendo, Jette.

—Que no existe el viaje en globo, que lo inventé.

La profesora se echa a reír.

Jette la mira confundida e interrogante, sin creer lo que ven sus ojos.

—En serio —musita—. Lo inventé.

Se acercan a la estación del metro, al círculo de puestos que desprenden olores, aromas, humos o incluso hedores penetrantes muy diferentes entre sí, y Jette, aliviada, respira profundamente. Parece que la profesora Warnecke no se tomó a mal la mentira. Suben juntas la escalera que conduce al andén. La profesora Warnecke va hacia Wannsee y Jette hacia la Friedrichstrasse. El tren de la profesora llega primero. Antes de que se detenga, la maestra Warnecke acerca a la niña hacia sí.

—Es muy hermoso tener una imaginación como la tuya. Ayuda. A veces, sin embargo, conviene no olvidar que existe una frontera entre la fantasía y la realidad, Jette —dice, alzando la voz para hacerse oír por encima del estrépito del metro que llega—. ¡Adiós!

Jette le dice adiós con la mano mientras se aleja, pero sus pensamientos vuelan ya muy lejos de allí.